

DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE (PROPIO 20)

COLECTA:

Concede, Oh Señor, que no nos afanemos por las cosas terrenales, sino que amemos las celestiales, y aun ahora que estamos inmersos en cosas transitorias, haz que anhelemos lo que permanece para siempre; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. *Amén.*

LECTURAS:

SABIDURÍA 1:16--2:1[6-11] 12-22

SALMO 54 (L.O.C. Pág. 556)

EPÍSTOLA SANTIAGO 3:16—4:6

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 9:30-37

Los materiales de ayuda para la homilía de este domingo fueron tomados de:

<http://perso.wanadoo.es/laicos/eucaristia/20060924.htm>

COMENTARIOS 1

TRIUNFAR EN LA VIDA

Para muchos, la vida sólo tiene un sentido, sólo hay una razón para vivir: conseguir el éxito, triunfar en la vida. Pero el éxito, el triunfo..., ¿en qué consiste? Según la ideología que la sociedad nos hace asimilar desde pequeños, triunfar en la vida consiste en llegar lo más alto posible, aunque para ello sea necesario pisotear la vida de los demás.

EL ANUNCIO DE LA VIDA

Por tres veces, antes de que llegue *su hora*, Jesús anuncia a los discípulos que su final no será la muerte, sino la vida. Ciertamente que morirá y que su muerte será especialmente dura: lo matarán, pero su muerte no será definitiva, « ... pero, después que lo maten, a los tres días resucitará».

Los discípulos, a pesar del reproche que se ganó Pedro delante de los demás, no consiguen entender («pero ellos no entendían aquel dicho y les daba miedo preguntarle») que no es la vida la que termina en la muerte, sino la muerte la que acaba en vida. Y no porque la muerte sea algo querido por Dios, sino porque la muerte de Jesús estaba tan preñada de amor que no tenía más remedio que dar a luz la vida.

Pero los discípulos, hasta hace muy poco tiempo piadosos israelitas, no eran capaces de mirar por encima de sus narices ni de entender nada que no se les hubiera transmitido por tradición. Jesús, una y otra vez, los pone ante el *hecho* de la vida; pero, por lo que dice Marcos, resulta, una y otra vez, inútil: su ideología puede más que los hechos. Y así, aunque el acento de las palabras de Jesús está en el anuncio de la vida que triunfa, los discípulos

siguen quedándose en el miedo al fracaso de la muerte. O quizá es que confundían el éxito con la vida.

EL MAS GRANDE

-¿De qué hablabais por el camino?

Ellos guardaron silencio, pues en el camino habían discutido entre ellos quién era el más grande. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

-Si uno quiere ser primero ha de ser el último de todos y servidor de todos.

Tal y como se entiende en nuestro mundo, tener éxito, *triunfar en la vida* es algo que sólo pueden conseguirlo unos pocos, sólo uno puede ser «el más grande». Los demás están condenados a la *mediocridad*, a pasar inadvertidos... o simplemente a servir de público que aplaude a los triunfadores. La vida se confunde con una constante competición en la que, además, no puede participar más que una minoría; los más quedan excluidos de ella. Por un lado, los pocos que pueden aspirar al triunfo se convierten en adversarios. Mientras tanto, el deseo nunca eliminado de triunfar, de ser «el más grande» de alguna manera y la frustración por no haberlo conseguido son, quizá, los dos sentimientos más extendidos entre el género humano. De esta manera, los hombres corriendo tras el éxito ni viven ni dejan vivir a sus semejantes.

La tarea de Jesús es dar a los hombres la posibilidad de vivir como hermanos; uno de los objetivos principales del plan de Dios es que todos los hombres puedan ser felices, que todos tengan la posibilidad de dar sentido a su vida, de llenar de vida su existencia. Pero para que eso sea posible, el objetivo de la vida del hombre tiene que ser otro que el de ser «el más grande».

TRIUNFAR EN LA VIDA

Y cogiendo a un criadito, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y le dijo:

-El que acoge a un chiquillo de éstos como si fuera a mí mismo, me acoge a mí, y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado.

A la expresión «triunfar en la vida» podríamos darle un significado muy distinto: triunfar en el arte de vivir, triunfar en la tarea de hacer agradable la vida de todos, ayudar a que todos triunfen de esta manera en la vida.

El chiquillo, *el criadito* del evangelio, representa al seguidor de Jesús que ha comprendido este aspecto del mensaje y ha decidido dedicar su vida a servir. Naturalmente que no se trata de un servicio impuesto a la fuerza o por la fuerza de las circunstancias; al contrario, es un servicio que nace del amor, del amor al ser humano, del amor a la vida del hombre; es un servicio que se convierte en signo de fidelidad al mensaje del hombre. El que vive así, ése es «el más grande» entre los amigos de Jesús: es el que ha descubierto que no es más grande el más alto, ni el más sabio, ni el más fuerte..., ni el más grande, sino el que ha comprendido que el amor es lo único que llena de sentido una vida y, mediante el servicio, practica el amor.

Y esto, válido para cada uno de los cristianos, también vale para el conjunto de los seguidores de Jesús: éste es el criterio que debe regir en la vida de la Iglesia. La Iglesia, la

comunidad de los que se han puesto del lado de Jesús, no puede vivir para si misma ni debe entrar en competencia con otros grupos o con otras instituciones disputándoles el prestigio, el éxito, el triunfo. La comunidad de los cristianos debe dar sentido a su existencia como servidora de la humanidad, sin intentar dominar a la sociedad humana, sin pretender imponer sus puntos de vista. Sólo ofreciendo a las gentes que quieran escuchar un modo de organizarse que abre la posibilidad de ser felices a los hombres. Sirviendo. Pero no a los ricos y poderosos (o a los que pretenden serlo) por miedo o por interés, sino al pueblo, a los pobres y humillados de la tierra, y con ellos a todos los hombres por amor.

COMENTARIOS 2

v. 29: *El les replicó: «Esta ralea no puede salir con nada más que pidiéndolo».*

La respuesta de Jesús implica que también ellos están poseídos por un espíritu del mismo género (*esta ralea*, reformismo violento). Aludiendo a la petición del padre (24), que obtuvo la liberación del hijo, les insinúa que ellos no quedarán liberados de su espíritu mudo y sordo hasta que reconozcan que lo tienen y le pidan a Jesús que los libere de su infidelidad (19; cf. 10,47.48).

vv. 30-31: *Se marcharon de allí y fueron atravesando Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba enseñando a sus discípulos. Les decía: «Al Hijo del hombre lo van a entregar en manos de ciertos hombres, y lo mataran; pero, aunque lo maten, a los tres días resucitará».*

Viaje hasta Cafarnaún. Mientras caminan a través de Galilea, el interés de Jesús está centrado en los discípulos. Ante la incomprensión que éstos siguen mostrando, Jesús reitera la enseñanza sobre el destino del Hijo del hombre (8,31), término que lo designa a él y, tras él, a sus seguidores. La enseñanza se hace más genérica que en 8,31: el anuncio de la entrega, muerte y resurrección del Hijo del hombre carece de todo detalle que las vincule a un pueblo o agente determinado; esa hostilidad a muerte puede darse en cualquier cultura.

Se establece por primera vez la oposición entre «el Hijo del hombre», el Hombre en su plenitud, y «hombres» que no la conocen ni aspiran a ella. Se insiste en el hecho de la muerte (*lo matarán..., aunque lo maten*), pero para vaciarla de su contenido, haciendo resaltar la resurrección, la continuidad de la vida. Jesús quiere calmar la angustia de sus discípulos ante la perspectiva de una muerte sin combate ni gloria, inculcándoles que ésta no es una amenaza ni un fracaso, porque no es el final.

vv. 32-33a: *Pero ellos no entendían aquel dicho y les daba miedo preguntarle. Y llegaron a Cafarnaún.*

La incomprensión de los discípulos es total, son refractarios a esa enseñanza. Tienen miedo de preguntar a Jesús, porque vislumbran que la explicación no correspondería a su expectativa de triunfo. No ven sentido en una vida después de la muerte. Llegan a Cafarnaún.

v. 33b *Cuando llegó a la casa, les preguntó: « ¿ De qué hablabais por el camino?»*

La casa / hogar (gr. *oikía*) en Cafarnaún es figura de la comunidad de Jesús, que integra a los dos grupos de seguidores, como apareció en 2,15 (discípulos y «pecadores»), cuando fue mencionada por primera vez. Jesús hace a los discípulos una pregunta que va a resultarles embarazosa.

v. 34: *Ellos guardaron silencio, pues en el camino habían discutido entre ellos quién era el mas grande.*

El silencio de ellos revela su obcecación (3,4: de los fariseos; cf. 7,25: «espíritu mudo y sordo») y lo impropio del tema que han discutido: quién tenía rango superior o mayor categoría en el grupo. Domina en ellos la ambición de preeminencia, a la que incita el sistema jerárquico judío, radicalmente opuesta a la enseñanza anterior de Jesús (9,31).

v. 35: *Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si uno quiere ser primero, ha de ser último de todos y servidor de todos».*

Jesús *se sentó*, porque esta casa / comunidad es su morada estable; si, estando en la misma casa, tiene que *llamar a los Doce* (los mismos discípulos en cuanto constituyen el Israel mesiánico) es porque están distanciados de él, aunque no físicamente; su lejanía está causada por su resistencia a aceptar el destino del Hijo del hombre (9,31-32); Jesús va a recordarles lo que significa «estar con él», primera finalidad de su constitución como grupo (3,14).

En primer lugar, los corrige: tienen que renunciar a toda pretensión de rango. Usa para ello la oposición *ser primero-ser último de todos y servidor de todos*. Quien se hace *último de todos y servidor de todos* tiene la misma actitud de Jesús y se coloca a la cabeza de los demás (*primero*), es decir, sigue a Jesús más de cerca. «Hacerse último y servidor» equivale a «renegar de sí mismo» renunciando a toda ambición egoísta, primera condición del seguimiento (8,34). Este dicho da pie a la escena siguiente.

v. 36 *Y cogiendo a un criadito, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo...*

El *criadito* (lit. «el chiquillo») o pequeño servidor, cf. Mt 18,2s) es al mismo tiempo el último de todos (por su edad) y el servidor de todos (por su oficio); *cogiendo*: Jesús no necesita llamarlo, porque está a su lado, «está con él», tiene su misma actitud: su presencia en la casa/comunidad, sin pertenecer al grupo de los Doce, indica que «el chiquillo» representa al otro grupo de seguidores, los que no proceden del judaísmo (3,32.34; 4,10; 5,24b; 7,14; 8,34; 9,25). Jesús lo pone *en medio*, como modelo para los discípulos; *lo abrazó*, gesto de amor e identificación, que corresponde a la relación anunciada por Jesús para con todo el que realiza el designio de Dios (3,35: «ése es hermano mío y hermana y madre»).

COMENTARIOS 3

El libro de la Sabiduría recoge la experiencia de los profetas de Israel y nos presenta a la persona «justa» como el modelo de sabiduría. El modelo de piedad no lo constituye la persona que hace sacrificios abundantes o que sigue con elegancia y delicadeza todos los pormenores de los ritos litúrgicos. La persona ideal es la que vive la justicia y muestra con sus obras que es posible realizar la voluntad de Dios en este mundo. Pero, aunque este es el camino auténtico y querido por Dios, no por ello, se puede realizar con simplicidad. La oposición no se hace esperar. Incluso, al interior de la familia o del círculo de amigos. El que tome el camino de la justicia, pronto se dará cuenta que hará el viaje en compañía de pocas personas.

La carta de Santiago nos da una explicación tan sencilla como eficaz de la causa de los conflictos en la comunidad cristiana: la ambición. En efecto, nadie roba, ni asesina ni arruina la vida ajena si no está movido por algún tipo de ambición. El deseo de ser más fuerte que

los demás, de tener más capacidad económica, de asegurarse esta vida y la otra, no son sino manifestaciones de la ambición. El problema, es que las personas que piensan así, comienzan a ver al resto del mundo como un obstáculo a eliminar o como un puente sobre el cual pasar. Pero, el problema de tales conductas, animadas y patrocinadas por la sociedad, radica en que se constituyen en ideales de vida, incluso de personas que se proclaman como cristianos. La carta de Santiago nos invita a poner todas esas ideas a contraluz y a pasarlas por el inequívoco tamiz del evangelio. La codicia de dinero, prestigio y poder nos puede conducir por un camino sin regreso y nos puede alejar del cristianismo de manera irreversible, aunque nos sigamos considerando cristianos y vayamos a misa todos los días.

En el evangelio de Marcos, el «camino» representa el itinerario de formación de un buen discípulo. Jesús no quiere un grupo de fanáticos que le entonen vivas a su nombre, sino un grupo de personas responsables que sean capaces de asumir un proyecto. Por esta razón, sus esfuerzos se concentran en la enseñanza de sus seguidores. Pero, la instrucción parte de los desaciertos y de las respuestas erráticas que ellos van dando a lo largo del trayecto hacia Jerusalén.

Jesús debe superar el miedo cultural que invade a sus discípulos y que les impide dirigirse a su «Maestro» con toda confianza. Para esto utiliza una estrategia pedagógica muy ingeniosa. Retoma la discusión de los discípulos que estaban concentrados no en su enseñanza, sino en la repartición de los cargos burocráticos de un hipotético gobierno y reconduce la discusión mediante un ejemplo tomado de la vida diaria. El «niño» era una de las criaturas más insignificantes de la cultura antigua. Por su estatura y edad no estaba en condiciones de participar en la guerra, ni en la política ni en la vida religiosa. Jesús coloca a uno de esos pequeños en medio de ellos y muestra cómo el presente y el futuro de la comunidad está en colocar en el centro no las propias ambiciones, sino las personas más postergadas y simples. Sólo así se revierte el sistema social de valores. Y sólo así, la comunidad es una alternativa ante el «mundo», que ya sabe poner en el centro a las personas adineradas. La novedad de Jesús consiste en hacer grande lo pequeño, lo doméstico e insignificante.

Eso que Jesús revelaba -con una paradoja- era muy serio: Jesús identificaba su propia suerte y la de Dios con la suerte de los niños, los que no tienen derechos ni quien mire por ellos, los últimos, los despreciados, los no tenidos en cuenta. Porque en realidad todo él se identificaba con ellos: se había puesto de su lado, había asumido su causa como propia. Por eso decía que todo servicio hecho a ellos se le hacía a él mismo y, en definitiva, al Padre. Nuevamente ponía la jerarquía de valores de la sociedad al revés o, mejor, al derecho. Una sociedad que mira sólo por los de arriba -o en la que las decisiones la toman los que están arriba omiran por los intereses de los de arriba- no garantiza ni el Reino ni la Vida; ésta sólo puede sobrevivir en un mundo que desde abajo mire por los de abajo, los que no tienen derechos.

